

EN TORNO AL INDIVIDUO

JOSEP RAMONEDA, XAVIER RUBERT DE VENTÓS, EUGENIO TRÍAS

Conocimiento, memoria, invención
(Barcelona, Muchnik Editores, 1982)

JOSEP RAMONEDA

El sentido íntimo
(Barcelona, Muchnik Editores, 1982)

LLUÍS FLAQUER I VILADERBÓ

De la vida privada
(Barcelona, Edicions 62, 1982)

INTRODUCCIÓN

«O se hace literatura, o se hace precisión, o se calla uno», dicen que dijo Ortega hace ya muchos años. Es de suponer que por aquel entonces no soplaban los vientos que agitan el actual panorama de la filosofía española o, más concretamente, el de algunos de los exponentes del pensamiento catalán. Porque catalanes son todos los autores de los libros que se van a comentar, siendo los dos primeros las versiones castellanas (con más de un defecto de traducción) de las lecciones que se impartieron en el Col·legi de Filosofia de Barcelona durante el curso 1980-81, y el segundo la *opera prima* de un joven sociólogo que escribe en su lengua.

Así he agrupado estos tres títulos, no sólo por el común origen geográfico de sus autores, sino porque tratan sobre las mismas cuestiones, a sa-

ber y para decirlo en dos palabras, sobre individualismo e intimidad. Pero entremos en materia y permítaseme extenderme más sobre los dos primeros títulos de más reciente aparición y, por cuestiones puramente lingüísticas, de mayor difusión nacional.

1. *Lecciones de filosofía o la audacia de hacer teoría*

Conocimiento, memoria, invención era el tema elegido para celebrar el segundo centenario de la publicación de la *Crítica de la Razón Pura* de Kant. Desde perspectivas diferentes pero concurrentes cada uno de nuestros autores se apresta a rendir homenaje al creador de la filosofía trascendental que, últimamente, se ha convertido en centro de atención para todo aquel que quiera estar *à la page*. La estética, la ética y la teoría del

conocimiento son los tres pilares sobre los cuales Trías, Ramoneda y Rubert, respectivamente, van a comentar, criticar, superar o apuntalar la teoría kantiana. Encomiable empeño.

Trías, que recientemente publicaba un artículo en el que reivindicaba la validez de la estética en tanto que «palabra poética desplegada» que plantea problemas tan radicales como la metafísica, de la que es hija, acomete la tarea de conectar lo bello, lo sublime y lo siniestro a través de la *Crítica del juicio* kantiana y de un artículo de Freud sobre lo siniestro. Para empezar, define este concepto como condición y límite de lo bello y, por extensión, como un elemento siempre presente en la obra de arte. Siguiendo a Kant, Trías explica el concepto de lo sublime como lo bello una vez perdido el sentido del límite, de la medida. Sentimiento que se despierta con la contemplación de objetos naturales grandiosos, de belleza desmesurada y, se diría, sobrenatural, es lo sublime un goce estético más allá de la contención que supone la ordenación formal de la realidad; es, así, una categoría estética que se forma por obra de la facultad de la Razón y que produce un goce moral.

A través de un análisis etimológico del concepto siguiendo el texto de Freud, Trías define lo siniestro como lo familiar, aquello que, siendo doméstico, tiene una cara oculta y se vuelve progresivamente inquietante; es, también, lo que confiere fuerza y vitalidad a lo bello. Así, los tres conceptos se unen armónicamente en una alambicada definición de la belleza:

«...la belleza es una apariencia y un velo que escamotea nuestra visión de un abismo sin fondo y sin remisión en el cual cede toda

visión y se resquebraja todo efecto de belleza. Esto es lo inhóspito, lo siniestro, lo que, habiendo de permanecer oculto, produce, al revelarse, la ruptura del efecto estético» (*Conocimiento, memoria, invención*, pág. 57).

Para acabar su ensayo, Trías acomete la tarea de hacer un análisis pormenorizado de dos obras de Boticelli, «El nacimiento de Venus» y «Alegoría de la primavera», con ánimo de descubrir en ellas signos de lo siniestro. Y lo increíble es que lo consigue.

El trabajo de Rubert de Ventós, «El conocimiento como ficción», no se anda por las ramas de la estética y va derecho al corazón de la filosofía kantiana, la teoría del conocimiento, y concretamente la *Crítica de la Razón Pura*, de la cual hace, en apenas cuarenta páginas, una interpretación muy peculiar. Dos son los objetivos de Rubert: en primer lugar, reconocer el conocimiento como ficción y aplicar este postulado a la epistemología kantiana; en segundo lugar, establecer un paralelismo entre el pensamiento trascendental y el pensamiento griego a través de la idea de que ambos conciben el conocimiento como límite y finitud.

Según Rubert, Kant define el conocimiento como ficción y ello por dos razones: primera, porque lo explica en base a dos categorías inexperimentables, a saber, el «yo trascendental» y la «cosa en sí»; segunda, porque concede realidad a las ideas, es decir, las connota como «naturales» y «morales», esto es, como productos de la facultad de la Razón y como ideales reguladores de la conducta, respectivamente. Y de todo esto concluye Rubert que, para Kant, el conocimiento es pura ficción. En verdad, no se sabe qué pensar de semejante afir-

mación, y me atrevo a aventurar si es que acaso Rubert confunde un poco los términos y llama «ficción» a la construcción, esto es, al complejo entramado de facultades cognitivas que constituyen el conocimiento. El segundo argumento por el cual nuestro autor basa su hipótesis del «ficcionalismo kantiano» es el supuesto paralelismo entre la filosofía trascendental y el pensamiento clásico. Así, si los griegos identificaron belleza, finitud y perfección, Kant funda una teoría por la cual el conocimiento debe tener un límite. Conclusión: ambas pertenecen al mismo paradigma filosófico:

«Y lo hemos llamado formalismo porque nos parecía una teoría del conocimiento derivada de una concepción esencialmente plástica o figurativa de las cosas —hasta de las más esenciales o 'ideales'. Pues bien, hemos de ver aún cómo esta 'gnoseología plástica' está fundamentada y deriva a su vez de una 'ontología del límite o la medida'— y como, en fin, es esta misma ontología la que preside la idea kantiana, en apariencia tan antihelénica, del conocimiento no ya como reflejo de la realidad en el sujeto, sino como artificiosa construcción de un objeto por parte del sujeto» (*Conocimiento...*, pp. 139-140).

Ni que decir tiene que hacer paralela la concepción «plástica» o «figurativa» helénica con la filosofía kantiana (definida sorprendentemente como «simbólica», *op. cit.*, p. 125, e «inmanente» p. 34) es tarea de héroes, sobre todo porque Rubert no explica apenas nada y ni siquiera transcribe los textos sobre los que funda sus arriesgadas teorías. Nuestro

autor insiste en que si los griegos ya sabían que el conocimiento no es un mero reflejo de la realidad, Kant lo formula como pura ficción o como construcción artificiosa. Lo malo es que subraya lo artificioso y se olvida del carácter eminentemente científico, en tanto que ordenado y normativizado, del conocimiento, que ha de seguir unas reglas precisas para hacerse posible, y esta científicidad, este límite es la premisa fundamental de la epistemología kantiana: por eso no se le puede despachar alegremente bajo el engañoso rótulo de «ficcionalista» La empresa es demasiado peligrosa y, en mi modesta opinión, Rubert ventila el tema en un trabajo oculto y original, pero muy poco serio. Una pena.

El ensayo acaba pidiendo la salida de una «modernidad dogmática», en la que aún se piden respuestas totalizadoras y contundentes, y la inauguración de la «modernidad crítica» que acepte la naturaleza problemática y plural de la realidad, tal como hizo Kant en su tiempo. Rubert ya apuntaba cuestiones parecidas en su *De la modernidad*, acertada crítica de un mundo hipersemantizado, «Imperio del Sentido» en sus propias palabras. Sin embargo, se diría que ha caído preso de sus propias críticas, asestando sentidos, descubriendo ficciones, tramando paralelismos imposibles. *De la modernidad* era una obra tal vez discutible, pero seria y atractiva. «El conocimiento como ficción» es algo muy diferente. Apenas unas lecciones en la luminosa Cataluña.

2. Una nueva ética; el individualismo como devoción

Por último, el ensayo de Ramoneda, «Sentido común y sentido ínti-

mo», que comentaré junto con su libro *El sentido íntimo*, puesto que aquél no es más que un apretado resumen o apresurado avance de éste. Siendo los trabajos de Triás y Rubert unas cuantas lecciones, sus imperfecciones podían ser, en parte, justificadas por la brevedad de las mismas y por el tono retórico y un punto juguetón que se suele gastar en estos menesteres. Por el contrario, la de Ramoneda es una obra completa; lo malo es que, y como en seguida veremos, las insuficiencias que se encuentran en su sección de *Conocimiento, memoria, invención*, se reproducen en su trabajo publicado en solitario. Pero veamos qué es esto del «sentido íntimo».

«Ciertamente no hay ciencia si no es de lo universal; pero sólo hay conocimiento si es de lo singular» (*El sentido íntimo*, p. 35), se dice en las primeras páginas de este libro cuyo objetivo principal es «hacer pensable al individuo», es decir, plantearlo como centro, fuente de conocimiento y, más aún, de un conocimiento diferente. Ramoneda parte, a mi entender, de lo que podría llamarse rebeldía metodológica, puesto que va a hacer del individuo el nuevo pivote epistemológico de la modernidad. Al menos, y aunque no lo reconozca con tan pomposos términos, eso es lo que subyace en su obra.

En efecto, el individuo, el sujeto singular ha sido sepultado durante siglos bajo los grandes sistemas, redondas construcciones teóricas que proclaman una verdad primera y absoluta, que ha de estar garantizada por una categoría fundante (sea ésta Dios, la Historia, el Inconsciente o, últimamente, la Ciencia) que instaura el Orden, tanto en el pensamiento como en el llamado mundo objetivo. Así,

parece legítimo reivindicar lo concreto frente a lo abstracto, la existencia frente al sistema, lo singular frente a lo universal. A la lógica del orden Ramoneda opone una alternativa crítica que conlleva una determinada actitud moral, el individualismo.

El primer paso es hacer una crítica al «sentido común», cara opuesta y enemigo del «sentido íntimo», que es lo que se pretende teorizar, articular y reivindicar. Se trata, en última instancia, de superar el racionalismo y el espíritu de sistema y plantear una alternativa a través de la formulación de un individualismo moral, estético y gnoseológico. Todo un proyecto.

«El lugar geométrico de la verdad en cada entramado social es lo que llamamos sentido común, al que todos nos adherimos por evidencia: el lugar de los mecanismos que acabo de describir» (*El sentido íntimo*, p. 50), mecanismos que nos hablan del sentido común como ideología, como discurso de la verdad oficial a la que debemos acoplarnos sin rechistar. Tres son, según Ramoneda, los pilares filosóficos a través de los cuales se ha constituido históricamente el sentido común: en primer lugar, el racionalismo cartesiano con la noción de «buen sentido», término medio, media de la razón conseguida a través de la sumisión a las reglas del método; en segundo lugar, la moral utilitarista con el concepto de «bien común» y su propuesta de homogeneización de los individuos; en tercer lugar, la teoría política democrática a través de la categoría de «voluntad general» por la cual el deseo y la acción individuales han de concordar con el sentido común entendido como comunidad de deseo. Todo esto estaría muy bien si no fuera porque Ramoneda se las ve con nombres demasiado grandes y

correr el riesgo de caer en la ingenuidad o en el más obvio error de interpretación, cuando no en la mera simplificación. Así, cuando dice que Descartes «define la razón a través del buen sentido y hace del problema del conocimiento un problema moral» (*op. cit.*, p. 28) o «El resultado de hacer pasar el buen sentido por el ce-dazo del método lo hallamos cuando Descartes establece las reglas de una moral provisional» (*Conocimiento...*, p. 63). Parece que se han mezclado los planos del conocimiento y de la moral, mientras que, por el contrario, Descartes hace una cuidadosa distinción; precisamente, el establecimiento de una moral provisional (tercera parte del *Discurso del Método*) es la elección necesaria de un individuo que sabe que no puede permanecer siempre en el terreno del pensamiento, en el que es autónoma y libre, sino que tiene que manejarse también en sociedad. De esta manera es, si acaso, en el espacio público donde se daría el sentido común, la adhesión acrítica a la verdad dominante, pero parece difícil deducir tal concepto de la construcción del mundo (a través del establecimiento de unas reglas para conocer) que el sujeto cartesiano propone. En todo caso, meter en este tinglado a la moral provisional parece un disparate.

Lo mismo ocurre, aunque es píldora más digestible, cuando se hace una interpretación totalitaria de Rousseau y de su hasta la saciedad manida «voluntad general». A estas alturas, parece por lo menos demagógico y fácil decir lo siguiente:

«Y una vez la voluntad general ha tomado cuerpo, un cuerpo se ha hecho objeto, se ha hecho también institución, ha dejado ya de ser, de pertenecer al ciudada-

no. Se ha convertido en un *Ser* autónomo que está frente al individuo y que incluso tiene derecho a actuar sobre el individuo, como tal, como ciudadano de una comunidad: todo el que no participe del criterio medio aceptado —obligado a aceptar— como voluntad general —hija directa del sentido común— habrá de someterse a los imperativos del orden. Ha nacido la idea jacobina del Estado todopoderoso como garantía de la igualdad política de los ciudadanos y, por tanto, de la libertad» (*El sentido íntimo*, pp. 44-5).

Así, el sentido íntimo tendría, continúa Ramoneda, una clara significación política por ser el centro de una determinada ideología, de una producción de la verdad, de un discurso de poder que se impone como evidencia.

«Es frente al sentido común que me atrevo a enunciar una filosofía del sentido íntimo, soporte de otra forma de verdad que quiere ser individual en sus raíces y tan sólo colectiva a partir de esta subjetividad primera, que quiere mantener las diferencias con la realidad y sin hipotecarse en la media ponderada» (*Conocimiento...*, p. 77).

Enfrentamiento, pues, entre sentido común y sentido íntimo, entre racionalismo e individualismo, entre conocimiento como sistema y conocimiento como singularidad. El sentido íntimo del que habla Ramoneda sería el lugar del individuo en su plena condición de sujeto, el reino de las almas y de las pasiones (y en este punto asistimos a una insistente reivindicación

ción de la pasión como elemento cognoscitivo, con el fin de superar la dualidad racionalista razón/cuerpo), el ámbito de un conocimiento sin mediación, el dominio de la libertad y la singularidad. Con esta apertura más allá del campo de la racionalidad y esta centralidad en un sujeto esencialmente pasional, el autor de *El sentido íntimo* quiere desmarcarse de otras tendencias actuales que se apuntan a la moda del individualismo. Así, por ejemplo, de la sociología en torno a la llamada «cultura narcisista» que, aunque no constituye aún una corriente digna de estudio entre los círculos académicos ortodoxos, merece la pena de ser considerada aunque sólo sea críticamente, y no zanjar la cuestión con lugares comunes como éste:

«Pero, para la gran mayoría, el narcisismo se ha traducido simplemente en absurdas disciplinas de gimnasia, en obsesivas preocupaciones por la celulitis y el peso, en súbitos descubrimientos de las ventajas de la *toilette* (por suerte para quienes les rodean), en sacrificados bronceados o en una diligente mirada a los estilos de vestir» (*El sentido íntimo*, pp. 57-8).

Pero siguiendo el hilo del libro que estamos comentando, para articular teóricamente el sentido íntimo el individuo se va a definir a partir de tres hipótesis. Primera, el individuo es un anhelo en tanto que buscador infatigable de conocimiento, perseguidor de deseos posibles o quiméricos; segunda, el individuo es voluntad de poder, entendida ésta no como deseo de dominación, sino como búsqueda de diferenciación radical, de extrema singularidad; tercera, el individuo es una categoría construida, es un ser

hecho de poder y diferencia. De todo esto se deduce, principalmente, una nueva concepción del término «poder» que pretende ir más allá de un entendimiento de éste como algo negativo; el poder sería más bien una relación, una mediación inevitable entre el yo y los otros. Pero esto supone tomar el rábano por las hojas, porque, por mucha terminología foucaultiana (reconocida, desde luego) que se le quiera echar al asunto, acabamos volviendo a una concepción negativa del poder. En efecto, a partir de estas premisas las llamadas relaciones de alteridad se han de juzgar como conflictivas, vividas en términos de amenaza («el infierno son los otros» es algo que ya Sartre expuso de una manera muy bella en su *Huis-clos*); relaciones mediadas por el obstáculo (la idea de que la presencia del prójimo se manifiesta antes que nada por la mirada la tenemos ya en Rousseau, misántropo a su pesar, y teorizada por el ya clásico *Jean-Jacques Rousseau: la transparence et l'obstacle*, de Jean Starobinski). Por otra parte, las relaciones entre el yo y los objetos no son mucho mejores y dan lugar, por ejemplo, a la alienación y a la fetichización.

Se hace necesario, pues, para evitar tanta desgracia, plantear la «suspensión de poder», establecer una hipótesis, un «como si» por el cual conjurar todo este mal:

«La suspensión de poder es, entonces, la hipótesis de una relación de alteridad en la que, provisional y excepcionalmente, este poder que es inmanente a las relaciones humanas no ha desaparecido —equivaldría a eludir la diferencia— pero ha suspendido sus efectos» (*El sentido íntimo*, p. 110).

Si la respuesta política a la naturaleza conflictiva de las relaciones humanas se plantea en términos de armonía y de un más o menos obligado consenso, la respuesta filosófica es un intento voluntarista de plantear aquéllas en términos de transparencia: así, los sujetos en cuestión se entregarían a una relación plena exponiendo su interior desnudo al otro que ya no sería enemigo sino aliado, y en este «camino de plenitud y perdición» (p. 114) se perderían todos los puntos de referencia que tejen la trama del poder, de esa cadena de dominación que se quiere conjurar. La suspensión de poder produce, pues, la explosión del sentido íntimo y la entrega a la pasión como vía de conocimiento, llegando así nada menos que a las puertas de la libertad, punto de encuentro filosófico desde la noche de los tiempos. Esta se entiende, desde el discurso de Ramoneda, como estado excepcional, instantáneo y efímero, como raptó en el tiempo al que se llega a través de la guía que provee la voluntad de poder que, una vez suspendido, se queda en mera voluntad, en pura transgresión. La seguridad del sentido común se ha desvanecido: hemos llegado al límite de lo posible.

Lo malo es que llegamos también al límite de otras cosas. De la palabra, por ejemplo. Porque, desde luego, a lo largo de las páginas de *El sentido íntimo* asistimos a una sucesión de fuegos artificiales para tratar conceptos tan imprecisos como «sentido común», «sentido íntimo», «voluntad de poder», «pasión», por citar sólo algunas de las categorías que pretenden fundar una nueva teoría del conocimiento a través de una revisión del individualismo. Todo esto está muy bien y yo personalmente me apunto a

la empresa de recuperar la dimensión personal en el terreno de la filosofía o de la sociología, pero también creo que para tratar sobre la muerte del individuo en el pensamiento moderno y su necesaria reaparición es preciso algo más que navegar de manera indolente en un discurso teórico impreciso y plagado de vagas referencias a autores de la talla de Kierkegaard, Feuerbach, Wagner y especialmente Nietzsche (que mucho Nietzsche hay en este libro y poco desarrollo riguroso de ninguno de sus conceptos ni de los de los demás autores citados). He aquí una muestra del discurso al que me estoy refiriendo, concretamente para «explicar», expresar o comunicar la verdad de la suspensión de poder:

«En él se despliega, sin trampa, la precaria plenitud de nuestra forma de ser. Vértigo, como lo entendió Hitchcock, angustia como querían Kierkegaard o Sartre, ansia y desasosiego, como nos recordarían una serie inacabable de testimonios literarios y autobiográficos. Pequeña muerte, como se dice en el lenguaje del amor: esta situación sólo es vivida bajo el signo de la inquietud» (*El sentido íntimo*, p. 113).

Por todo lo anteriormente dicho, Ramoneda se plantea acabar su libro exponiendo las tres «figuras del sentido íntimo» que incorporan ese anhelo de conocimiento, esa voluntad como transgresión del límite, ese instalarse en un terreno sin referencias, ese intento heroico de suspender el poder: el enamorado, el artista y el científico. Como era de esperar, es a la primera a la que se le dedica mayor extensión y, en mi opinión, éstas son las páginas más logradas del li-

bro al no pretender más que expresar, en un lenguaje poético que no carece de fuerza y de autenticidad, la naturaleza del amor. Amor como deseo de conocimiento con la pasión como estandarte, amor como lucha contra el obstáculo (recuérdese *El amor en Occidente* de Denis de Rougemont, referencia inevitable), como elección entre la vengida entrega a la norma o la difícil opción de la transgresión a través de la invención y la imaginación, amor, en fin, relacionado con otra categoría fundante de una teoría del individuo, la intimidad.

«La intimidad como expresión de la reducción definitiva de todo lo que nos rodea, de pérdida de todo punto de referencia, de quedarnos solos, cara a cara, con todas nuestras cargas inocentemente expuestas» (*op. cit.*, páginas 26-7).

Exposición completa de la identidad, reducción del mundo exterior al espacio de una relación dual, la intimidad es concepto que, simplemente por el título del libro en cuestión, parecería merecedor de un tratamiento más extenso. Si la intimidad es la propiedad más radical del sujeto, el lugar de desarrollo del yo, se diría que la teorización del individualismo, sea desde la filosofía o la sociología que son los terrenos en los que nos andamos, ha de pasar necesariamente por la disección de este término. Lástima que el *faible* nietzscheano haya llevado a nuestro autor por otros derroteros. Otra vez será.

La segunda figura del sentido íntimo es el artista, en tanto que individuo que transgrede los límites (del sentido común, de la ideología, de la «realidad» en sentido laxo) a través de la afirmación de su singulari-

dad. Finalmente, la tercera es la del científico que se atreva a desafiar el paradigma racional de la actividad científica y haga primar su intuición sobre la demostración, que supone la neutralización de la ocurrencia y la castración de la originalidad. De esto último se deriva un nuevo concepto de verdad en tanto que revelación y sentido.

«Tenemos establecido también un criterio de verdad que, a partir del reconocimiento de la vida como diferencia, sería un criterio muy sencillo: la verdad es algo que se siente y no se demuestra, no tiene autoridad ni métodos —ni el Papa ni la Academia sueca—. La verdad es un signo que se percibe o que no se percibe, que se siente o no se siente: una revelación que, cuando somos sensibles, nos da una gratificación en forma de certeza» (*op. cit.*, páginas 141-2).

Verdad, por otra parte, muy en línea con el tono general del libro, verdad «profunda», verdad «secuestrada» (pp. 70 y 71 de *Conocimiento...*) que ha de ser liberada de las tinieblas del sentido común, nuevo concepto globalizador que acaba por no explicar nada.

Ramoneda termina proponiendo el sentido íntimo como referencia, como atalaya de un nuevo conocimiento, lugar del miedo, de la angustia y del vértigo, nos dice, centro de un moderno individualismo. Ello supone plantear el sujeto no como un superhombre sino como un «superdiferente» (?), sujeto de conocimiento que contempla el mundo con imaginación y detalle, ser hecho de vulnerabilidad, diferencia y deseo. Y así, dejándonos algo desalentados y no poco perple-

jos, dice Ramoneda, será posible pensar lo singular. Nada menos.

3. *Introducción a lo privado: sociología y rigor*

Por último, voy a comentar, más brevemente, *De la vida privada*, publicado en catalán y con prólogo de Salvador Giner. Aunque las comparaciones son siempre odiosas, lo primero que observamos en el libro de Lluís Flaquer, en contraste con los otros anteriormente comentados, es que se nos ofrece una bibliografía, cuestión de agradecer aunque sólo sea para tener una idea de lo que se nos va a hablar y, si el tema interesa, volver sobre las fuentes citadas. Se trata aquí de introducir la noción de «lo privado», «vida privada» o «privacidad» (traducción directa del término inglés *privacy*), siendo este último término el que va a utilizar el propio autor. Esta vez nos las vemos con una obra que tiene una clara perspectiva, la sociología o, más concretamente, la sociohistórica, porque la privacidad se va a entender como categoría histórica y susceptible de variación tanto en su forma, en su concepción terminológica, como en su contenido, esto es, en los espacios donde se genera y se desarrolla.

Dos son los puntos de arranque de *De la vida privada*. En primer lugar, la afirmación de que la privacidad, tal como la entendemos en la actualidad, es el resultado del paso del mundo tradicional al mundo moderno, y ello a través de grandes cambios sociales; en segundo lugar, la puesta en solfa de la función política de la privacidad, en tanto que el culto de la vida privada supone inevitablemente un descuido de las actividades públicas. El primer punto constituye el grueso del libro, el segundo es tan sólo una idea

que el autor deja apuntada. No importa porque, si bien el ser humano quiere dar siempre respuestas a sus interrogantes, el libro comentado cumple más que de sobra lo que pretende, que es ofrecer un estudio introductorio sobre el tema general de la privacidad, y ello lo hace Flaquer rigurosamente, sin cometer el error de tratar de bosquejar un breve esquema del universo o de plantear teoría del conocimiento o de la estructura social, en este caso, alguna.

Pero volvamos al tema. La privacidad, espacio connatural al ser humano en tanto que individuo, es una categoría construida históricamente que ha ido adquiriendo una importancia progresiva con el paso del tiempo. Espacio de reserva espiritual, cortina que se descorre a placer del propio interesado o de los otros como noción general que resume las relaciones de alteridad, la privacidad se relaciona con la intimidad y el secreto. Así ha sido siempre en lo que al hombre se refiere. Pero sucede que, con el paso del tiempo, lo privado se ha convertido en un valor: en el reino de la libertad frente a lo público como reino de la necesidad y de la obligación; es la esfera ideal dentro de la cual se forma la personalidad y el yo se protege del mundo exterior, connotado como potencial amenaza; es el ámbito más sagrado del individuo; es, por último, la zona donde es posible el ejercicio de la libertad entendida negativamente, tal como la veía la teoría liberal, como espacio de no injerencia por parte de los demás, de la sociedad o del poder político. ¿Hay algo más lejano que ese sentido íntimo, explosión de libertad positiva en tanto que voluntad de poder, de anhelo insaciable de conocimiento sobre el mundo?

Una vez definida la privacidad como valor, Flaquer pasa al estudio de lo que él llama la sociogénesis de la vida privada. En primer lugar, a través de un repaso de los factores estructurales que la hicieron posible; así, la división del trabajo (y sus consecuencias más aparentes como la diferenciación social y la especialización de roles que lleva a la impersonalización de las relaciones humanas) y el proceso de urbanización (que hace posible el espacio físico para la reserva mental, y crea el anonimato como forma de vida). En el tratamiento de estos temas Flaquer se refiere, entre otros, a los grandes clásicos de la sociología, tales como Tönnies, Simmel o Durkheim, y su trabajo exhibe una sólida labor de investigación en una ortodoxa línea académica no exenta de amenidad. En segundo lugar, la privacidad nace históricamente tras la aparición de ciertos factores culturales, tales como la fijación de la familia nuclear como un espacio de concentración afectiva, o la aparición de la chismografía como industria que permite, al centrar la habladuría en los personajes públicos, el goce de la propia privacidad.

En lo que se refiere a la modernidad, Flaquer concluye que estamos llegando a una «sociedad privatizada» en el sentido de que las cuestiones que antes eran susceptibles de inspección pública, tales como las creencias religiosas, la moral sexual o la ideología política, son ahora materia privada. Así, el auge del psicoanálisis sería, quizá, un signo de las consecuencias de este movimiento que hace del sujeto moderno un ser anómico y alienado, perplejo por este corrimiento de esferas que conlleva una nueva definición de normas y un necesario ajuste de sus reglas de conducta.

Marco de sentido para un «yo» débil y amenazado por un mundo progresivamente tecnológico, ideal de las sociedades que se dicen democráticas como espacio social de libertad, la privacidad es una noción de naturaleza profundamente ambigua. En tanto que espacio alternativo de lo público puede generar alienación y crear ciudadanos desinteresados, pero también es susceptible de convertir lo público en fuente de interés inmediato (los movimientos ecologistas, antinucleares, feministas, etc., serían un claro signo de este proceso). Así, la pregunta final de *De la vida privada* sobre si lo privado es el espacio privilegiado de desarrollo de las potencias humanas o un obstáculo para la transformación colectiva, queda abierta. Este libro escueto, riguroso y breve nos anima a pensar sobre ello. Lo cual es más que suficiente.

A modo de conclusión

Unos apuntes sobre estética, una propuesta de entender el conocimiento como ficción, un ensayo sobre el sentido íntimo, una investigación sobre la noción de vida privada: intentos de construir, desde diversos enfoques, una misma cosa, una teoría moderna del individualismo. Eso es lo que hemos venido tratando a lo largo de todas estas páginas. Se trataba de dar noticia de varias publicaciones que giran en torno a temas que el pensamiento social tradicionalmente ha tenido como menores. En efecto, parece que la belleza como objetivo de conocimiento, la pasión como móvil para entender al mundo, la intimidad como lugar intrínseco del sujeto o la vida privada como bien social no han sido demasiado considerados en la Academia. Por eso, siempre a mi en-

tender, es conveniente atender a lo que sale en nuestro país sobre dichos temas.

La cultura anglosajona lleva ocupándose de todo esto desde hace algunos años, y no hay más que otear sobre lo producido en torno, simplemente, al concepto de *privacy* para comprobarlo. Los franceses, tradicionalmente más interesados en la sociología de la cultura, también tratan de estos asuntos (sin ánimo exhaustivo, me vienen a la mente los nombres de J. Baudrillard o M. Maffesoli). En España, que yo sepa, poco hay sobre el tema, aparte de las obras comentadas

que constituyen un intento de encaminar el pensamiento social por nuevos derroteros. Después de la obra de la Escuela de Frankfurt, el estructuralismo (sobre todo en lo que se refiere a antropología, psicoanálisis y lingüística) y la más reciente etnometodología, el individuo protagonista de la modernidad postindustrial parece reclamar un lugar en la teoría contemporánea. El malestar de la cultura permanece, el deseo de investigar el puesto del sujeto que lo sufre, también.

HELENA BÉJAR

El mundo en el año 2000

(Madrid, Tecnos, 1982)

El mundo en el año 2000 * es el título de un enciclopédico trabajo realizado por encargo del presidente Carter en 1977 al Consejo sobre Calidad Ambiental y al Departamento de Estado, en colaboración con otros Departamentos y Comisiones de la Administración estadounidense. Se le dio un plazo de redacción de un año para estudiar las tendencias evolutivas de la población, los recursos y el medio ambiente hasta el año 2000. Todo ello con el objeto de servir de base a la planificación a largo plazo. A partir de estas directrices, y con todos los inconvenientes que suponía la falta

de una organización previa, de un presupuesto establecido y de un plazo de tiempo suficiente, los encargados del informe se pusieron a trabajar con unos objetivos bastante claros. Se trataba de realizar previsiones sobre estas tres variables fundamentales, teniendo en cuenta las posibles interrelaciones existentes entre ellas: utilizar los medios disponibles por la Administración estadounidense siguiendo la segunda directriz del mensaje de Carter; analizar en profundidad las ventajas e inconvenientes de dicho modelo para facilitar la realización de sucesivos informes y comparar con los resultados y métodos de otros modelos existentes.

No estamos ante la primera investigación de este tipo. En las últimas décadas han aparecido trabajos, gene-

* Esta obra fue publicada originalmente en los Estados Unidos en julio de 1981 bajo el título de *The Global 2000: Report To the President*.

ralmente financiados por organismos privados, cuyo objeto era estudiar cómo será el mundo de las generaciones futuras. La mayoría de las veces son diagnósticos bastante pesimistas que intentan llamar la atención sobre la necesidad de un cambio en las actitudes de las naciones ante los recursos y el medio ambiente.

El resultado de este trabajo, que finalmente tarda tres años en realizarse, es una obra en tres volúmenes que son respectivamente el «informe-resumen», «el informe-técnico» y un tercero que aporta documentación técnica sobre los modelos mundiales del Gobierno.

En España, como en la mayoría de los países, sólo se publican los dos primeros. En el primero de ellos se presenta una panorámica general del trabajo, explicitando las principales conclusiones a las que se ha llegado al elaborar las previsiones. Además de presentarnos cuál es el futuro del mundo para el año 2000 de cumplirse dichos pronósticos, se exponen también las conclusiones a las que se ha llegado tras comparar dichas previsiones con las de otros modelos. Para la persona que no tenga un interés especial en ahondar en detalles técnicos o en mayores precisiones, este volumen le es suficiente ya que contiene lo esencial del informe, presentado de forma clara y concisa.

El segundo volumen desarrolla cada uno de los aspectos mencionados en el informe-resumen. En primer lugar, las previsiones en cuanto a población, recursos y medio ambiente. Respecto a este punto destaca la peculiar importancia que tiene el Capítulo 13, en el que se analizan los efectos de las previsiones relativas a los recursos, población y PNB sobre el medio ambiente. Al final se realiza

un intento de cerrar el modelo, explicando la influencia que pueden tener los cambios en el medio ambiente sobre las tendencias de las variables anteriormente mencionadas. Dicho intento tropieza con algunas dificultades que son reconocidas por el propio informe. A pesar de sus deficiencias, los autores señalan que éste es el proyecto más ambicioso que se ha realizado en los Estados Unidos para medir los efectos ambientales de la evolución económica y demográfica del mundo en su totalidad.

El Capítulo 14 se dedica a explicar cuál es el modelo mundial de Gobierno, destacando sus supuestos, imperfecciones e influencias sobre los resultados del Informe. Posteriormente se compara dicho Informe con otros del mismo tipo, como son los «Mundos 2 y 3», el modelo del mundo de Mesarovic-Pestel, el Moira o modelo de relaciones internacionales en la agricultura, el modelo mundial latinoamericano y el modelo mundial de las Naciones Unidas. Dichos informes son descritos, evaluados y comparados con el modelo *Global 2000*. En las últimas páginas del Informe se incluyen diversos apéndices entre los que destacan las críticas al estudio realizadas por asesores consultados por la comisión encargada del estudio.

Las previsiones que se realizan para el futuro respecto de la evolución biofísica en nuestro planeta nos ponen en guardia ante los peligros que supone la continuación de las políticas actuales de crecimiento. Para entender dichas previsiones es de especial importancia analizar los supuestos de los que parte. En primer lugar, el informe parte del supuesto de que el medio ambiente continuará proporcionando recursos de un modo tan abundante y barato como lo hizo en épo-

cas anteriores. Este hecho es, sin embargo, bastante improbable dado que este medio ambiente se está deteriorando, fundamentalmente en las áreas menos desarrolladas. A pesar de que en el Capítulo 13 se intenta estudiar la influencia que tendrá la evolución del medio ambiente sobre las demás variables no se han tenido en cuenta los resultados a la hora de realizar las previsiones, de modo que los que aquí se presentan son incluso mejores de lo que se puede esperar. En segundo lugar, se supone que las políticas de las distintas naciones no sufrirán cambios importantes. En tercer lugar, se parte de que el progreso tecnológico continuará al mismo ritmo que en épocas pasadas y (lo que es todavía más importante en una época de reticencias crecientes ante la evolución tecnológica) que no habrá grandes resistencias sociales a tales progresos. Se supone incluso que no habrá perturbaciones importantes del comercio internacional motivadas por guerras o crisis financieras. Por lo tanto, los supuestos iniciales maximalizan las posibilidades de una evolución similar a la de los dos últimos decenios y descalifican, en principio, a aquellos, como Julián Simón, que, en la revista *Perspectivas Económicas*¹ critica la falta de optimismo de este modelo.

Entre las principales previsiones del citado informe están las relativas al PNB. Se señala que la población conocerá durante este período de diecisiete años un crecimiento rápido todavía, a pesar de la reducción de la fecundidad en muchos países (compensada en gran medida por el aumento de la esperanza de vida). Las tasas de crecimiento anual descenderán poco

(del 1,8 al 1,7 por 100) y a pesar de ello el crecimiento a nivel absoluto será importante, hasta alcanzar los 6.350 millones de habitantes que se prevén para el año 2000. Por otro lado, este crecimiento será desigual, correspondiendo en su mayor parte a los países menos desarrollados, y, dentro de éstos, a Asia, que sufrirá los mayores incrementos en cifras absolutas. El crecimiento urbano será muy importante, alcanzando cifras impresionantes en ciudades como México (30 millones), Bombay y Calcuta. Ello implica condiciones de vida cada vez más miserables en dichas áreas por la escasez de vivienda, agua, higiene y demás recursos vitales.

Respecto al PNB se prevé un fuerte crecimiento del 145 por 100 respecto a 1975, incremento que se producirá fundamentalmente en los países menos desarrollados, debido a que parten de cotas más bajas. Ello hace que el crecimiento del PNB en cifras absolutas vaya a ser más importante en los países industrializados. En cuanto al crecimiento del PNB per cápita, que es quizá un indicador mejor, los autores señalan que su incremento será débil en el conjunto de los países menos desarrollados, fundamentalmente por el gran aumento de la población que absorbe todo nuevo crecimiento del PNB. América Latina conocerá los aumentos más importantes, y Asia y Africa serán los continentes en una situación más crítica. En definitiva, asistiremos a un ensanchamiento de las enormes desigualdades que separan a lo que se ha dado en llamar bloques Norte y Sur.

El segundo aspecto tratado por las previsiones es el de la evolución de los recursos. Esta evolución se prevé sobre la base de la dinámica de la población y del PNB. Dentro de los re-

¹ Julián SIMÓN, "Predicciones infundadas de un futuro siniestro", *Perspectivas Económicas*, 39 (1982).

cursos incluyen: la alimentación, pesquería, reservas forestales, minerales no combustibles, agua y energía. Respecto al tema de los *alimentos*, se prevé un incremento del 2,2 por 100 anual, lo que, según los autores del informe, significa continuar las pautas existentes en las décadas de los cincuenta y sesenta, así como en el período de la Revolución Verde. Ello supone un aumento grande de los rendimientos, ya que sólo se prevé un incremento del 4 por 100 en las tierras cultivadas. Este aumento de rendimientos sólo se puede conseguir a través de un uso intensivo de fertilizantes, con la consiguiente dependencia respecto de los minerales combustibles y un mayor uso de energía que supondría un aumento de costos, dada la evolución de los precios de la energía. Para el conjunto, estos incrementos supondrían un aumento del 9 por 100 per cápita, aunque esto no ocurrirá en muchos países menos desarrollados, en los cuales el aumento de la población y su pobreza impedirán aprovechar y realizar dichos aumentos en los rendimientos. Ello puede dar lugar a una estructura comercial cada vez más desequilibrada para algunos países y a un aumento de la importancia que puede jugar la ayuda a estos países. El papel de Estados Unidos como granero mundial parece incrementarse también. En cuanto a la *pesca*, los incrementos serán escasos y nulos, a pesar de los progresos de la piscicultura y de la pesca de nuevas especies. El informe considera que el pescado representará un peso menos importante en la alimentación mundial que en la actualidad.

En general se estima que se va a producir un descenso en los *recursos forestales*, descenso que será especialmente relevante en el caso de los paí-

ses menos desarrollados, ya que en los otros ya se practican algunas medidas políticas repobladoras. Con ello se supone que los productos procedentes de la madera se encarecerán, perjudicando en gran medida a los países menos desarrollados que utilizan un 90 por 100 de la madera para la cocción de alimentos.

Respecto al recurso de *agua*, se estima que habrá un aumento del consumo de un 200-300 por 100, relacionado fundamentalmente con el aumento de la población. En muchas zonas el agua va a empezar a escasear y, por vez primera en la historia, los conflictos relacionados con el aprovechamiento del agua se van a hacer particularmente agudos.

Respecto a los *minerales no combustibles*, se puede decir que el consumo aumentará, fundamentalmente en los países industrializados, aunque no parece que se vayan a producir problemas de escasez. Es posible un encarecimiento de dichos productos por mayores dificultades de extracción y explotación.

Las previsiones sobre *energía* también señalan la agudización de los problemas actuales. Efectivamente, la producción de petróleo alcanzará su techo hacia 1990 y ello implica el desarrollo de fuentes de energía alternativas tales como hulla, energía nuclear y energía hidroeléctrica. Al mismo tiempo el aumento de la demanda conducirá a precios superiores y por lo tanto a serios problemas para los países que no sólo están poco desarrollados, sino que además disponen de recursos energéticos escasos, viendo además cómo se reduce la disponibilidad de leña.

Hasta aquí las previsiones relativas a los recursos, por lo que hay que analizar al tercer aspecto que es el

de las repercusiones que tendrán estos procesos sobre el medio ambiente. En términos generales se prevé un deterioro general del suelo y ello es producto de diversos factores. El primero de ellos sería el de una demanda excesiva sobre el suelo, motivada fundamentalmente por la presión demográfica. Hay que tener en cuenta que, dado que el aumento de tierras cultivables no puede ser muy grande, se exige un rendimiento al suelo cada vez mayor, que puede conducir a su agotamiento. La deforestación es el segundo factor que contribuirá a este descenso de calidad. En tercer lugar, está la salinización que se produce en las tierras puestas en regadío y que, al final, como ocurrió en época del Imperio Sumerio, puede acabar con muchas tierras. Finalmente, está el fenómeno de la expansión urbana que cubre tierras que muchas veces son las de mayor fertilidad.

A nivel acuático, el deterioro puede ser general, tanto en agua dulce como en el mar. En agua dulce, la construcción de presas y el regadío pueden ser factores coadyuvantes, pero hay otros factores como los vertidos de las fábricas que pueden llegar a provocar un aumento de la temperatura del agua (con la consiguiente desaparición de muchas especies vegetales y animales). Dichos vertidos convierten las aguas en focos de transmisión de enfermedades. Por otro lado, en las costas marítimas, la contaminación que producen los continuos vertidos está llevando a la extinción de numerosas especies cuyo hábitat temporal o permanente es la costa.

A nivel atmosférico, los problemas que se presentan empiezan a ser graves y van desde la contaminación del aire con sus consecuencias sobre las enfermedades pulmonares, a la lluvia

ácida que producen las concentraciones de óxido de nitrógeno y de azufre y que pueden destruir el suelo cultivable. También es posible la destrucción de la capa de ozono que impide el paso de la radiación ultravioleta y que puede provocar un aumento de las enfermedades de la piel. Se plantean también problemas que afectan a las tres áreas como es el uso indiscriminado de pesticidas en los países menos desarrollados, la importancia que van tomando los materiales radiactivos cuya eliminación no se ha garantizado todavía. La extinción de especies puede ser también de importancia primordial, puesto que la estabilidad de nuestro ecosistema depende en gran medida de la diversidad de especies que en él habitan.

En la primera parte el informe plantea los efectos que puede tener la evolución de los recursos, la población y el PNB sobre el medio ambiente. Sin embargo, los efectos pueden ser retroactivos y es lo que los autores estudian en la última parte del capítulo. Efectivamente, si no se solucionan problemas de medio ambiente como los descritos, corren peligro desde el aumento de alimentos hasta el aumento de la esperanza de vida humana. Si se intentan paliar, cosa posible, ello será al precio de costos de producción mayores, que a su vez influirán sobre las tendencias que ya hemos apuntado.

El estudio *Global 2000* se basa en una metodología que los autores del trabajo han denominado el «modelo general del Gobierno». La cuestión está en saber si estamos realmente ante un modelo realista e integrado. La respuesta es clara; no se trata de un modelo realmente unificado. Efectivamente, en los Estados Unidos no existe ningún organismo cuya labor con-

sista en estandarizar supuestos y métodos de manera que toda previsión de un departamento sectorial sea consecuente con las de otros, lo que racionalizaría el proceso. Los diferentes departamentos hacen sus previsiones de modo aislado y dado que el presente estudio fundaba las bases para la planificación futura, tuvo que utilizar las diversas aportaciones sectoriales, intentando integrarlas e interrelacionarlas del modo más lógico posible. Dada la premura de tiempo que existía, hubo que idear un modo de integrar todas las variables principales, eligiéndose el proceso secuencial. En una primera etapa se realizaron las previsiones de población y PNB unidas a los supuestos políticos, tecnológicos y climáticos (se suponía que el clima no cambiaría). En la segunda etapa se utilizan dichas previsiones para realizarlas sobre recursos. Partiendo de esta segunda etapa se elaborarían las previsiones sobre medio ambiente.

El modelo limita así el número de interrelaciones posibles y es todo menos un sistema cerrado. No acaban ahí los problemas, ya que a pesar de los esfuerzos realizados no se logran evitar incongruencias como valores variables irregulares según las previsiones (se suponen, por ejemplo, tendencias demográficas diferentes), tasas incongruentes de crecimiento de la población y del PNB, distintas fuentes de información y ausencia de realimentación. ¿Sobre qué bases se apoya, pues, la verosimilitud de las previsiones realizadas? Los autores del proyecto señalan varias, entre otras: la no contradicción con otras aisladas hechas por los distintos organismos; la similitud con otros proyectos realizados y, a la vez, el hecho de que en algunos modelos más integrados se en-

cuentra el complemento. En realidad la fuente legitimadora principal de dicho proyecto está en su similitud con muchos de los proyectos financiados por organizaciones privadas que se han realizado. Al comparar dichos modelos, más integrados, con el *Global 2000*, los autores han sacado la conclusión de que, en todo caso, estos últimos pecarían de optimismo, ya que, al carecer de la suficiente retroalimentación, el error predictivo se acumula a medida que se avanza en el tiempo.

El proyecto es, pues, uno de los intelectualmente más ambiciosos de las modernas ciencias sociales. Las críticas son numerosas y muchas de ellas provienen de los mismos asesores externos que les ayudaron y cuyas opiniones aparecen en el apéndice del libro. Unos critican el hecho de que las previsiones se realicen en base a la extrapolación de tendencias características de los últimos años, anormalmente buenos. Otros opinan que el que las previsiones no vayan más allá del año 2000 limita su papel preventivo de los peligros que amenazan a la humanidad. Un tercer grupo de autores señala el hecho de hacer caso omiso de posibles conmociones naturales, tecnológicas o sociales. También puede dar lugar a controversias el que se suponga una continuidad en las tendencias, cuando éstas podrían ser discontinuas. Se les puede criticar además la falta de unos análisis normativos, la existencia de premisas ocultas, dado que se parte de modelos sectoriales ya elaborados, así como la insuficiencia de las variables introducidas. Julián Simón señala limitaciones a la exactitud, en un número de seis, entre las que destacan la falta de fe en la capacidad del ser humano para adaptarse a las nuevas situacio-

nes a través del progreso tecnológico. También critica la falta de exactitud de muchas de las tendencias que se apuntan.

En mi opinión, el proyecto adolece de los defectos que se le achacan, en general derivados de la misma incapacidad científica para construir modelos predictivos. ¿Qué variables se consideran? ¿No sesga este estudio el hecho de poder contar sólo con variables que se pueden cuantificar? ¿Dónde acaba el proceso de realimentación? En este sentido tienen parte de razón aquellos que critican la limitación tanto pasada como presente del estudio. Pero no queda claro dónde se pueden poner los límites. En cualquier caso una virtud esencial del *Global 2000* es la de ir más allá de la simple extrapolación de tendencias pasadas que ignoran interrelaciones y limitaciones fundamentales como hace Simón al señalar que: «durante el período de 1950 a 1970 la producción de alimentos per cápita subió en 28 o 37 por 100. ¿Por qué proyectar una tasa de incremento mucho más reducida (19 por 100) para un período más largo?». La respuesta es que las condiciones no son las mismas: El crecimiento de la población es alto, los rendimientos son difíciles de aumentar, se parte de cifras más altas (estadística elemental).

Tampoco es criticable el que no se prevean grandes conmociones, puesto que sería ampliar el modelo indefinidamente o introducir arbitrariedades. El hecho de excluir dichas conmociones tiene la virtud de marcar un techo límite hipotético al que se puede llegar si se excluyen esos posibles eventos. No es útil argumentar que no se cuenta con la capacidad inventiva del individuo cuando es uno de

los supuestos básicos del Informe, sin el cual serían improbables los aumentos en los rendimientos alimentarios o en el PNB.

Insisto en que una de las máximas virtudes del *Global 2000* es el de explicitar en gran medida cuáles son sus supuestos. Es de gran utilidad, puesto que permite ajustar las previsiones en caso de no estar de acuerdo con ellas. Por ejemplo, se supone que la provisión de recursos seguirá siendo igualmente abundante y barata. Lo más probable es que sea igual o incluso menor, luego en todo caso las previsiones serían optimistas y ello serviría más al propósito del libro que es el de avisar de la necesidad de adoptar decisiones destinadas a evitar dichos procesos. Ese es otro de los puntos a favor del supuesto de que se continúen las mismas políticas, ya que lo que se deduce de los resultados del trabajo es que es necesario un cambio en la actitud política y económica de los Gobiernos responsables.

Se observa una cierta falta de discriminación sobre lo que son problemas inminentes y lo que no son sino problemas menos probables. Es indudable que los Gobiernos no pueden actuar sobre todos los problemas a la vez y por ello es necesario indicar un orden de prioridades. Es evidente que la dificultad es grande, debido en parte a las mismas deficiencias del modelo en que se basa. Sin embargo, no es serio tratar al mismo nivel problemas como el progresivo deterioro del suelo o la desertización y la destrucción de la capa de ozono sobre la que los científicos discuten continuamente. No es ajeno este trabajo a un defecto fundamental a todos estos proyectos y es el de no tener en cuenta el dinamismo de todo sistema. Las catástrofes no ocurren de repente,

sino que a medida que determinadas variables cambian el sistema de alguna manera se reajusta, de manera que una grieta pocas veces acaba con éste. No creo pues que dicha situación de la que nos hablan los autores de este informe se produzca en el plazo que ellos indican, y en ello no va implícito una creencia inconsciente en un modelo que se autorregule espontáneamente hasta suprimir cualquier tensión. Simplemente se teme que los modelos predictivos sean demasiado lineales y no sean capaces de entrever el proceso de crecimiento de todo fenómeno. En la medida en que todo gran problema empieza siendo pequeño no es tan difícil ir corrigiendo las fricciones que se van produciendo.

En definitiva, el informe *Global 2000* debe ser tomado como lo que es. Se trata de un proyecto basado en un modelo falto de la suficiente integración y retroalimentación que ha estudiado cuáles serán las condiciones ecológicas del mundo en el año 2000, si se dan ciertos supuestos entre los cuales está la continuación de las políticas actuales. Lo importante, independientemente de la exactitud de dichas previsiones, es que no se trata del primer estudio que pone de relieve los serios peligros que amenazan a la humanidad. Gran parte del problema deriva de la propia naturaleza de dichos peligros, como son los del medio acuático y atmosférico, que exceden los marcos políticos nacionales. Cada vez es más evidente que dichos marcos son insuficientes y la prueba la tenemos en la proliferación de organizaciones supranacionales. Estas no son válidas mientras no

se les dote de verdadero poder soberano, pero para ello son necesarios superar innumerables egoísmos nacionales, cosa improbable en una época de crisis en que cada país se cierra sobre sí mismo. Los países, cegados por sus intereses a corto plazo, no perciben cuáles son sus intereses a largo plazo y contemplan cómo muchos países en vías de desarrollo se hundan más y más en la miseria, con el peligro adicional de un aumento de conflictos o de una grave crisis financiera. Son ya muchos países los que no pueden pagar sus deudas.

Es necesario, pues, concluir que, sin caer en el determinismo, son necesarios cambios efectivos de actitud ante los recursos, que permitan abordar los problemas más acuciantes. Muchos cambios se están produciendo ya (reducción de las tasas de fecundidad, control de la contaminación, legislación sobre el mar), pero no sabemos si son suficientes las actuales estructuras políticas y económicas, ni si hay tiempo para ellos. ¿Bastará con el ingenio humano para solucionar los problemas? ¿Serán necesarios ajustes dramáticos como sobremortalidad, profundos *cracks* económicos o guerras para solucionarlos?

Aunque la solución está en el año 2000, este informe nos acerca mucho a lo que ocurrirá. Lo que habría que ver es cuál es la razón por la que el ser humano, a lo largo del tiempo, se ha entretenido en ver el futuro, sin intentar cambiarlo. Los esfuerzos se han dirigido siempre a modificar el presente y lo peor es que, en la encrucijada actual, cambiar en el último momento será muy difícil.

RENÉ DUMONT & M. F. MOTTIN

Le mal-développement en Amérique Latine: Mexique, Colombie, Brésil

(París, Eds. Du Seuil, col. L'histoire immédiate, 1981, 228 págs., con bibliografía en apéndice)

1. Este es el tipo de libro en el cual la función provocativa parece predominar sobre otras funciones posibles cuando se escribe un texto (una función informativa, otras didáctica, hermenéutica, teórica, etc.). No es la primera vez que el viejo combatiente que es René Dumont hace esta elección. Por lo que concierne a Africa, libros suyos que han tenido un gran eco (y un eco escandaloso) internacional, han sido *L'Afrique noire est mal partie* (1969) y diez años más tarde *L'Afrique étranglée*. Las minorías políticas o económicamente dominantes en algunos países del Africa occidental (entre el ecuador y el Sahara) dicen pestes de René Dumont. Cabe suponer que las opiniones de los tecnócratas y de los expertos al servicio de políticos oligárquicos en ciertos países de América Latina no son menos acerbas ante la lectura de este libro. René Dumont se ha ido radicalizando con el curso de los años; el técnico agorero y predicador de catástrofes humanas que yo conocí en algunos seminarios internacionales a mediados del decenio de 1960 a 1970 usaba argumentos sobre todo técnicos, y éstos estaban envueltos en una gran cortesía personal respecto a sus adversarios. Ahora, René Dumont usa un lenguaje sobre todo político y de indignación moral; describe y provoca, mediante una selec-

ción muy definidamente orientada de los hechos que observa; busca el escándalo y parece haber perdido interés por la argumentación sistemática o teórica. René Dumont es hoy uno de los hombres más odiados en algunas oficinas gubernamentales (por ejemplo, en Dakar, en Argel y ahora probablemente en Bogotá y en Brasilia, en Tirana o en Varsovia). Pero es al mismo tiempo uno de los hombres más públicamente admirados (*i. e.*, que se ha hecho con un público internacional, aparte del círculo de sus fieles parisienses), y ello por varias causas que creo pueden resumirse en las siguientes:

— por la continuidad de su obra desde que a mediados de los años 30 era un joven agrónomo en lo que entonces se llamaba el Tonquín francés (Indochina luego, Vietnam del Norte después);

— por su integridad personal, o dicho de otro modo, por poner la búsqueda de la verdad y la enunciación de lo que él creía que era la verdad por delante de toda otra consideración de contexto de su trabajo (y así le hemos visto señalar errores de soviéticos, chinos, albaneses o de pretendidos «socialistas» africanos, aunque hubieran contribuido a financiar algunos de sus trabajos *on the spot*);

— porque siempre ha denunciado el imperialismo, tanto político como económico, y particularmente las formas sutiles de este último, más destructivas para los países dependientes en cuanto simultáneas con aparentes independencias políticas;

— en cuarto lugar, porque no es un diagnosticador de salón, sino un experto que ha estado en la brecha, pateando el terreno o el barro, o enfrentándose, ya a sus ochenta años, a la gendarmería móvil ante las rejas de la Asamblea Nacional francesa (abril 1983);

— en último lugar en esta enumeración, pero en primer lugar cualitativo, porque entre su veintena de libros hay algunos que son indispensables en la biblioteca de la teratología de nuestra época.

2. *Prima facie* las obras de René Dumont ofrecen poca materia de interés *directo* para el sociólogo. Habrá que señalar como excepción a esta observación, *L'Utopie ou la mort* (1974), quizá su libro de impacto más extenso entre los públicos occidentales. El hecho de que no sean obras propiamente sociológicas no implica que estén huérfanas de informaciones que son importantes para el sociólogo. Claro está, para otra clase de sociólogos que los que se ocupan de discutir si las variables parsonianas son o no funcionalistas, o, más próximamente a nosotros, los que se dedican a descifrar si la corbata es un signo, o es un símbolo, o una señal de la comunicación masculina, y si su función de comunicación sexual prevalece o no sobre su función de distanciamiento social (todos estos refinamientos culturales con los cuales la imitación de las conversaciones del *dandy* inglés del siglo XVIII pasa hoy por ciencia sociológica burguesa, para

gran contento de sus destinatarias, las hetairas de algunas reuniones parisien-ses). Con esto no pretendo valorizar el otro extremo de los abordajes posibles, el que busca el escándalo moral (en el sentido moderno) y la indignación política; diré más: que lo que menos me impacta en las descripciones que René Dumont hace de las sociedades del Tercer Mundo es allí donde muestra la clase de animal que es el individuo humano cuando ha sido socializado en comportamientos de apropiación de riqueza; y diré asimismo, siguiendo a Bismarck, que no valoro la indignación como una virtud política. Por tanto, mis reflexiones van a ser más *políticas* en la medida en que sean más teóricas. Y encuentro dos razones para ello: I) René Dumont describe constantemente relaciones sociales. II) Discute estrategias alternativas.

Hago de este modo abstracción de cuestiones artificiales que se presentan espontáneamente, como la de saber si lo que René Dumont dice interesa al sociólogo rural o a los demás, si puede existir o no una sociología propiamente rural, etc. Creo que fue Eric J. Hobsbawm quien dijo una vez que el hombre está continuamente reinventando unas pocas relaciones sociales básicas. Y creo que eso es una gran verdad; las relaciones *en cuanto tales* no son intrínsecamente rurales ni intrínsecamente urbanas; son formas de dominación y de resistencia a la dominación, formas de reciprocidad simétrica o asimétrica, etc., que no se diferencian apenas por el contexto ecológico (pero sí se diferencian por los modos de producción, lo que confirma la aserción anterior). Por lo que concierne a las estrategias, René Dumont ofrece una prueba de que raras veces és-

tas son puramente técnicas (por ejemplo, incremento de rendimientos), y de que generalmente incluyen dimensiones políticas. Por tanto, también este aspecto, en el cual se conjugan cognición, voluntad y toma de decisiones, tiene unas dimensiones universales. Creo, en suma, que mi nota bibliográfica podrá ser más útil si, dicho con otras palabras, practico una abstracción negativa del contexto para hacer emerger la abstracción positiva de los elementos que aquí importa diferenciar.

René Dumont empieza citando a A. Gunder Frank y su concepción de la formación del subdesarrollo. Frente a este concepto, René Dumont introduce la idea o noción de *mal-développement*, que podríamos traducir por desarrollo perverso.

El autor no enumera ni una sola vez las características que saturan (descriptivamente) esta noción y que permitirían transformarla en un concepto operativo y abierto a ulteriores despliegues cognitivos. A lo largo de la lectura hay que ir descubriendo el entramado sistémico de los procesos económicos, sociales y políticos, desde el nivel local al internacional.

Prima facie lo que René Dumont ofrece es una versión modernizada, particularizada y radicalizada del concepto que en cierta literatura marxista (inspirada en L. D. Trotski) posterior a la primera guerra mundial, se conoce como «desarrollo desigual y combinado». Procediendo por contrastación con enunciados teóricos que reenvían a los mismos problemas empíricos, hay que señalar por consiguiente la diferencia tanto con la idea de subdesarrollo como con la idea de dualismo.

René Dumont lo dice claramente: no nos está hablando de formaciones

sociales subdesarrolladas, sean intrínsecamente subdesarrolladas por carencia de recursos naturales bastantes para el desarrollo, sea porque sus recursos han sido agotados por la explotación exterior e internacional René Dumont nos habla de formaciones sociales que (como los tres países latinoamericanos investigados, México, Colombia, Brasil) poseen grandes riquezas, población y crecimiento de fuerzas productivas, pero en los cuales acontecen una serie de procesos ligados de tal modo que constituyen el desarrollo perverso.

La exploración que hace René Dumont se vincula, pues, en cierta manera, a la crisis de la teoría de la dependencia en América Latina, la cual veía solamente el subdesarrollo (o mejor dicho *un* subdesarrollo, del que era directamente responsable un grupo de factores del comercio internacional, y más precisamente con una concepción singular de las relaciones económico-comerciales internacionales como sistema de suma cero).

Por otra parte, la noción que propone René Dumont no tiene nada que ver con el concepto de dualismo (tal como éste se desarrolló en América Latina y en España, es decir, un concepto distinto del original de J. H. Boekke). El uso vulgar y acrítico de la noción de dualismo oscureció y equivocó no pocos análisis, cosa que hoy está bien establecida. Fue uno de los méritos de la nueva teoría de la dependencia el exigir que se estudiase el proceso de desarrollo/subdesarrollo como proceso unitario y global (Fals-Borda, 1977, pág. 177)¹. Esto es lo

¹ O. FALS-BORDA, "Dilemas del monismo en la teoría de la dependencia", en la obra colectiva *Clases Sociales y Crisis Política en América Latina* (coordinador: R. Benítez Zenteno), México, Ed. Siglo XXI, 1977.

que incorporaba ya en su tiempo la noción general de «desarrollo desigual y combinado», la cual excluía dicotomías del tipo moderno/arcaico, o urbano/folk, o capitalista/feudal, y otras simplificaciones y generalizaciones afines en la forma y en contenido.

El desarrollo pervertido es también un proceso unitario y global.

Esta deducción está fundamentada en que ya desde las primeras páginas René Dumont pone en paralelo *dos* tipos de desarrollo pervertido: por un lado, el de las formaciones sociales latinoamericanas que estudia (o mejor, describe), y por otro lado, el de las formaciones sociales del centro capitalista de Europa occidental y el Atlántico Norte. En *ambos* tipos se dan crecimiento económico (*croissance*) y despilfarro de recursos (*gaspillage*), pero ni se dan de la misma manera, ni son efecto de las mismas causas; sin embargo, en ambos casos son sistemas económicos, sociales y políticos predicables de las formaciones sociales *globales*, los que están necesariamente implicados en la explicación general.

La noción que propone René Dumont, y su proyección como una imagen del funcionamiento de estos dos tipos de desarrollo pervertido, no tiene por tanto nada que ver con las comparaciones hoy ya obsoletas analíticamente hablando, entre un modelo racional de desarrollo económico y social (el de las sociedades burguesas del Norte) y un modelo deformado, irracional, errático, de las sociedades en vías de desarrollo que tratan de imitar a las del Norte o de reproducir los caminos previamente seguidos por ellas.

Ambos desarrollos constituyen ejemplos de lo que antes llamé la teratología de nuestra época.

Y ambos modelos de desarrollo están conectados históricamente y teóricamente. Frente a Paul Bairoch, que afirmaba el carácter primordialmente endógeno de la revolución industrial británica y de los recursos acumulados por el crecimiento agrícola inglés de 1730 a 1780, René Dumont afirma como factor más importante el saqueo de las colonias (pág. 8, nota al pie). El consumo de despilfarro de las clases privilegiadas (incluidas las clases llamadas medias) en Europa occidental y en las economías desarrolladas del Atlántico Norte, exige la constitución de unos sistemas de explotación agraria y pecuaria en las economías de algunos países del Tercer Mundo, que son parte esencial del modelo de desarrollo pervertido. Recíprocamente, los consumos de despilfarro de los centros superurbanizados en las formaciones sociales del Tercer Mundo, y en particular las de las minorías privilegiadas urbanas, exige unas importaciones de bienes finales no productivos que dan trabajo a las economías de los países capitalistas centrales. La fuerza de trabajo es distintamente empleada como insumo del sistema productivo: de un modo organizado, intensivo y científico en las economías centrales; como un insumo abundante, discrecional, arbitrario, con un costo de reproducción bajo, en las formaciones sociales del Tercer Mundo. En éstas «el ganado está mejor nutrido que los niños» (páginas 80 y 81, y *passim*)².

² En MARX, *Capital*, Libro Primero, cap. 23, sec. 5, epígrafe e, hay una observación similar sobre el proletariado agrícola en Gran Bretaña a principios del siglo XIX. No será tal vez ocioso indicar que no pocas de las descripciones de René Dumont sobre el proceso de concentración de la propiedad capitalista de la tierra (en Colombia y en

El modelo subyacente en las descripciones de René Dumont incorpora, como se hace obvio, producción y

Brasil) y de valorización, tanto de la tierra misma como de sus productos, *con reducción de los trabajadores agrarios*, tienen un impactante paralelo con los análisis de Marx sobre Irlanda entre 1846 y 1866, que se hallan en el epígrafe *f* de dicho capítulo 23; la diferencia mayor es que los irlandeses emigraban a ultramar, mientras los desposeídos rurales emigran a los suburbios de Bogotá o de Sao Paulo.

Otro aspecto de importancia, no tanto histórica cuanto teórica, es el siguiente: en las observaciones de René Dumont hay material empírico suficiente para la teoría de la creación política (i. e., por medios políticos, incluida la violencia legal disponible en un Estado que garantiza una economía inspirada en principios liberales), de una renta de monopolio. La concentración de propiedad de la tierra crea una renta adicional para los propietarios; esta renta *no es*, propiamente hablando, la renta *absoluta* de Marx (aunque se superpone parcial y empíricamente con ella, cabe distinguirla analíticamente). La renta *absoluta* tiene una explicación económica (o preponderantemente económica: véase, sobre esto, Louis DUMONT, *Homo aequalis: Genèse et épanouissement de l'idéologie économique*, París, Gallimard, 1977, p. 127). Sobre la renta de monopolio creada artificialmente, véase un ensayo reciente del economista argelino Lahouari ADDI, "Rareté, rente et plusvalue", en la revista *Les Temps Modernes*, año 39, número 440, París, marzo 1983, pp. 1715-1740; ensayo en cuya discusión no es pertinente entrar aquí. Las aportaciones empíricas de René Dumont convergen con las de un autor argentino que analiza la concentración de propiedad de la tierra, como premisa para la generación de una renta *absoluta* (extrayendo simultáneamente la curiosa deducción de que la renta absoluta de Marx, post-revolución agraria, es en Argentina pre-revolución, con condiciones "semifeudales" todavía). Cfr. Eugenio F. GASTIAZORO, "¿Existe o no la oligarquía terrateniente?", en la revista *Sintomas*, núm. 6, Buenos Aires, abril 1983.

consumo. Ambas esferas están indisociablemente unidas, pero de distinto modo, en cada uno de los tipos de desarrollo pervertido. La formación histórica de éste es lenta y (según parece deducirse) su consolidación es posterior a la división internacional del trabajo en la que las cosas se presentaban de un modo más simple, como una complementariedad entre países agroexportadores y países industriales. En los primeros ha habido un desarrollo industrial (que René Dumont trata específicamente en sus observaciones sobre México y Brasil), sin creación endógena del sector productor de bienes de capital en cuanto creación inducida por la industrialización del sector productor de bienes intermediarios y de consumo doméstico, y con una dinámica peculiar de acumulación que no capitaliza el sector agrario ni extiende a las áreas rurales los beneficios del desarrollo interno.

A su vez el sector agrario se moderniza y desarrolla con una lógica propia que no responde a las necesidades de su población ni crea mercado de densidad interior suficiente para los bienes producidos en el sector industrial nacional. No estamos ya ante la situación que contemplaban los postuladores del modelo «dualista», con un sector moderno y otro tradicional, aislado del anterior. Las transformaciones en el sector agrario son importantes, en forma de concentración de riqueza, creación de latifundios y de grandes haciendas ganaderas, explotaciones de tipo industrial para la exportación de monocultivos, incorporación de nuevas tierras al cultivo mediante el apoyo del Estado y empleo de la violencia estatal para la expulsión de población sobrante, instauración del *agrobusiness* (que es

un proceso de contrarreforma agraria), etc.

Todos estos hechos son bien conocidos y no es René Dumont quien aporte informaciones realmente nuevas sobre el asunto (aunque sí es interesante percibir los matices del testimonio personal y cómo éste responde a un cuadro teórico y político que apenas se explicita).

No demandaría mucho trabajo construir algunas matrices descomponibles que formalizasen este tipo de desarrollo perverso. Las potencialidades de capitalización interna no se realizan: las superconcentraciones urbanas no ejercen la función de eslabón intermedio para el ciclo del capital agrario, sino que son una bomba aspirante de la eventual capitalización obtenible por la venta (parcial) de productos agrarios a tales concentraciones urbanas; a su vez el sector agrario no ofrece un mercado interior suficiente para la industria; el sobreprecio de la tierra absorbe grandes cantidades de capital-dinero, pero la producción agropecuaria de tipo extensivo no transforma la agricultura en un sistema productivo como el de los países de Europa occidental o el Atlántico Norte, en el cual las inversiones en capital fijo son tan intensas que de hecho la agricultura deviene una «industria pesada»; los circuitos de capitales se polarizan en el sector terciario urbano y finalmente se produce una descapitalización por la vía de la deuda exterior, los pagos de intereses de la deuda y las importaciones de bienes, tanto de capital de alta tecnología como de productos finales de lujo para el consumo de las élites.

El exceso relativo de población improductiva no es tanto efecto de una variable independiente incontrolable

como la explosión demográfica, cuanto resultado de una descapitalización; la masa de capital que queda en América Latina (o excedente reinvertible en el sistema), o bien es globalmente insuficiente, o bien tiene un empleo que acrecienta los rasgos de desarrollo perverso. No se sabe qué hacer de la población (págs. 240 y ss.). En algunos casos particulares hay concentración de la propiedad de la tierra *sin* incremento de la producción. Por su parte, la sobreurbanización en unos pocos centros industriales, no crea un trabajador colectivo, sino una marginalización social de gentes que ayudan a que se mantenga relativamente bajo el precio de la fuerza de trabajo sin por ello pertenecer propiamente al sistema productivo. El desarrollo industrial no es tal, sino progreso técnico estrictamente localizado (página 185).

El desarrollo perverso de ese tipo implica, por consiguiente, un despilfarro tanto de capital como de los seres humanos potencialmente productores, y al mismo tiempo una concentración cada vez mayor de la riqueza (cfr. págs. 208, 220, 223, 226, 263, entre otras).

Es obvio que los modelos que tienen que dar cuenta de este conjunto de procesos no pueden hallarse ni en la teoría del desarrollo desequilibrado ni en cualquier teoría que se limite a manejar sistemas de precios relativos, criterios de desproporcionalidad sectorial u otros instrumentos cognitivos afines.

Es asimismo obvio que modelos económicos más o menos convencionales de ese orden de abstracción no pueden ser integrados en una explicación más amplia que dé cuenta de los fenómenos de violencia tanto campesina como urbana. Esto es, no es

posible con ellos el tránsito desde la base económica de explicación, a la social, y de ésta a la política.

En este aspecto los materiales empíricos que aporta René Dumont son de un gran interés, porque muestran la sobredeterminación de la economía por motivaciones de concentración y monopolio de poder. Son sistemas de dominación los que dan sentido a lo que de otro modo habría que juzgar aberrante irracionalidad económica global. Y estos sistemas de dominación se hacen tanto más visibles (incluso para los propios dominados) allá donde la «modernización» capitalista expulsa a pequeños propietarios agrarios y los convierte en asalariados, u ofrece a una población desposeída un trabajo asalariado que incorpora relaciones no institucionales de dependencia personal. Es decir, *en el tránsito* de la comunidad agraria tradicional al latifundio capitalista o a la empresa industrial agraria, no solamente se hace transparente el cambio de la dependencia comunitaria a la económica individual, sino que además la ausencia de un verdadero mercado de trabajo permite la re-creación de relaciones *locales* de dependencia personal, con rasgos serviles.

Este aspecto había sido ya señalado en su tiempo en la teoría del desarrollo desigual y combinado. (La introducción en Rusia de técnicas, capital y armamento europeo fue autocontradictoria en el sentido de que reforzó relaciones serviles en el campo; cfr. págs. 4 a 6 de L. D. Trotski, *Historia de la revolución rusa*)³.

Evidentemente, el observador que toma esas relaciones *locales*, *no institucionales*, de dependencia personal

con rasgos serviles, como un residuo «feudal» o «semifeudal», se equivoca gravemente (a menos que en vez de ser un observador ingenuo que generaliza la identificación de una observación personal mediante el término que, en el diccionario, le parece más adecuado, sea un consciente y deliberado usuario del término «semifeudal», como premisa política para declarar seguidamente que en su sociedad está *aún* por realizarse la revolución burguesa). Estados con Constituciones burguesas inspiradas formalmente en los federalistas norteamericanos y en la absolutización de la propiedad privada individual (Locke) resultarían así encubrir relaciones propias de otro tipo de organización del dominio territorial vinculado a la jerarquización de un orden político. Es obvio que esto carece de sentido, y que el hecho de que una gran empresa capitalista agraria tenga su policía e incluso sus milicias privadas, no convierte a sus propietarios en señores «feudales» (si este concepto guarda su pertinencia histórica).

3. Por lo que concierne a las estrategias para salir del desarrollo pervertido y reconducirlo a un desarrollo autocentrado, partiendo de condiciones como las que René Dumont describe, en las cuales «la fuerza de reproducción de la miseria parece mayor que la fuerza de represión» (página 135), hay que decir que en el texto alternan soluciones de una gran generalidad que no se ve claro cómo podrían implantarse sin una previa revolución política y social, con medidas técnicas que podrían ser asumidas por una clase dirigente «nacional» si la hubiera. Entre las primeras está el acceso al trabajo productivo del conjunto de la población activa (pág. 100, entre otras); la disminu-

³ *The History of the Russian Revolution*, vol. I, New York, 1932, 1959, Simon & Shuster.

ción de la dependencia de los mercados mundiales (pág. 99); la política económica que René Dumont llama «nacional y social» (págs. 185-186); la transferencia de los centros de decisiones al nivel de la aldea y del barrio (págs. 265-268); la reorientación general de la producción, a fin de que se produzcan bienes primordiales para la mayoría de la población (página 265). A la segunda categoría pertenecen algunas medidas reformistas bien argumentadas como las tendentes a evitar el alza continuada del precio de la tierra (págs. 132-135), o las que en relación con el comercio exterior hablan de la posibilidad de un proteccionismo gradual (pág. 265).

Cuando se piensan detenidamente estas sugerencias se advierte poco a poco que el potencial de denuncia de René Dumont es mucho mayor que su potencial revolucionario propiamente dicho. El autor tiene unos enemigos muy bien definidos: los propietarios ganaderos que expulsan a

pequeños agricultores y practican una explotación pecuaria extensiva; las minorías urbanas privilegiadas, que son gerentes políticos del modelo de desarrollo pervertido; las burocracias estatales y locales, que son, en unos casos, aliadas de las grandes multinacionales, y en otros aportan el poder político a los señores dominantes económicamente, de modo que se produce una fusión de poder político y económico que es específica a nivel local.

Frente a esto, el esquema de soluciones de René Dumont se deriva de idealizar una clase de pequeños propietarios agrarios cultivadores directos, lo cual puede convenir en algunas áreas para la reversibilidad del letal proceso de destrucción de los suelos y de empobrecimiento de los hombres, pero difícilmente puede elevarse a alternativa política estructurante a un nivel nacional y estatal.

ESTEBAN PINILLA DE LAS HERAS

INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S